

LOS ORÍGENES DE LOS CRÍMENES DE GUERRA

THE ORIGINS OF WAR CRIMES

Francès F.
Departamento de Medicina Legal y Forense.
Universitat de València.
España.

Correspondencia: Francesc.Frances@uv.es

La antropología forense, entre otras finalidades tiene la de intentar describir las lesiones presentes en los restos humanos antiguos y, caso de ser posible, aventurar hipótesis sobre la causa de la muerte. Más allá en el tiempo transcurrido desde la muerte hasta el momento del análisis de los restos, llega la paleopatología. Cuando en unos restos prehistóricos se describen lesiones traumáticas, potencialmente mortales, surge la cuestión de la violencia interindividual y su origen en el tiempo. Los actos violentos puntuales son inherentes a la especie humana y prácticamente a todos los animales superiores, siendo originados por una multitud de factores. De todos es conocida la corriente biologicista del origen de la conducta criminal. Ahora bien, existe una forma de violencia que nos es propia, y es la guerra. Aquí hablamos de un ejercicio de la violencia que requiere una actuación de forma organizada, coordinada y jerarquizada entre los miembros de un grupo humano, dirigida hacia otro grupo, con fines diversos.

Este tipo de violencia tiene un correlato arqueológico identificativo, que es la existencia de una considerable cantidad de restos humanos, con lesiones traumáticas evidenciables no sobrevividas, lo que define este tipo de violencia ejercida de forma simultánea y grupal.

En el paleolítico, la baja densidad poblacional, así como el carácter nómada de los grupos humanos ha motivado que los estudiosos reduzcan los enfrentamientos violentos entre grupos a escaramuzas encaminadas fundamentalmente a ahuyentar otros grupos de fuentes transitorias de sustento o refugio. Esta hipótesis se ve refrendada en la escasa evidencia de “campos de batalla” convencionales. Si bien es cierto que ya encontramos evidencias tafonómicas de homicidio puntual en el paleolítico medio (yacimientos de Shanidar, St. Césaire), en escasísimas ocasiones podemos documentar enfrentamientos a gran escala que generen multitud de bajas y restos con lesiones traumáticas simultáneas y sin signos de supervivencia. Una de estas excepciones de guerra de exterminio en el Paleolítico está en la llamada “masacre de Nataruk”. En este campo de batalla primigenio se identificaron 27 restos humanos. De los 12 esqueletos completos, diez tenían evidencias claras de lesiones traumáticas de carácter perimortem. En estos restos predominan lesiones traumáticas craneales. Dos víctimas parecían haber sido maniatadas previamente a su ejecución.

Concluir si este hallazgo prueba que la guerra de conquista o destrucción ya era habitual en las sociedades cazadoras y recolectoras, sería muy aventurado. Dada la escasez de hallazgos como este, la comunidad científica todavía se inclina por contemplar el Paleolítico como un tiempo no exento de violencia, pero sí de conflictos bélicos a gran escala.

Ahora bien, con la Revolución Neolítica las sociedades humanas sufren un cambio radical: se produce un incremento considerable de las poblaciones debidas a las mejoras en el acceso a recursos tróficos. La territorialización y la acumulación y defensa de excedentes de producción justifica este tipo de actos violentos masivos. Otro hecho determinante es la aparición del concepto de propiedad mucho más sólido y evidente. El materialismo marxista ha hecho especial hincapié en este argumento. Aquí, los conceptos de contingentes bélicos encaminados a la conquista permanente y/o la subyugación de otros congéneres toma cuerpo. Coherentemente con

estos factores favorecedores, el registro arqueológico nos provee de evidencias de masacres de población compatibles con un comportamiento bélico de exterminio y sustitución de poblaciones. El más conocido de ellos es el de Schöneck-Kilianstädten (Alemania), aunque podemos citar también los de Talheim (Alemania) y en Asparn (Austria). Los científicos concluyen que son guerras entre comunidades de granjeros, probablemente por el dominio de tierras o recursos acumulados. Las evidencias de lesiones esqueléticas no sobrevividas por objetos contundentes e inciso-contundentes como hachas abundan en estos restos. Así pues, el hombre neolítico, anclado a la tierra, no puede resolver conflictos de forma fácil emigrando y buscando otras fuentes de sustento como el hombre paleolítico, viéndose obligado a un enfrentamiento abierto y total.

Esta tendencia a la instauración de la guerra como patrón de comportamiento institucionalizado se consolida de forma dramática en la edad de los metales. La tecnología bélica crece de forma exponencial con la aparición de todo tipo de armas de metal con capacidad lesiva mucho mayor. Aunque los restos arqueológicos de armas con filo se reducen a marcas óseas, es evidente que se generalizan las lesiones por objetos agudos en combate. La herida incisa e inciso contundente pasaría con el tiempo a predominar sobre la contusa.

La especialización de los miembros sociales en sociedades postneolíticas determina la aparición del soldado y así, el militarismo aparece en la historia. Indicios indirectos de este fenómeno es la construcción de estructuras defensivas. La gran muralla de Jericó es un notable ejemplo. Los poblados se amurallan. El miedo impregna la arquitectura de esta nueva era. El advenimiento de la historia nos proporciona abundancia narrativa del comportamiento homicida a gran escala del ser humano.

Así pues, si bien la violencia es un comportamiento intrínseco al ser humano, anclado fuertemente a su biología, como ya aventuraron Lombroso y Garófalo, y la genética lo confirma día a día, la violencia bélica parece haberse desarrollado de forma mucho más tardía y siempre mediatizada por las necesidades ambientales en el que las comunidades se encuentran. Mientras estos factores persistan, la desaparición de conflictos armados a gran escala quedará en el territorio de la utopía.